

PARA CONOCIMIENTO DE LOS ESPAÑOLES

ULTIMAMENTE LIBERADOS

EN EMPUJE VIGOROSO. LAS GLORIOSAS COLUMNAS NAVARRAS CONQUISTAN, PARA LA ESPAÑA NACIONAL, IRUN Y FUENTERRABIA

La muerte de Ortiz de Zárate

Asomadas las fuerzas nacionales a Endarlaza y dominada la cuenca del Bidasoa por los fusiles de los milicianos que ocupaban en las cumbres de las montañas las posiciones que las rodean, su ataque por las columnas navarras se hizo imperioso para la conquista de la capital bidasotarra. Habían transcurrido los primeros días de agosto cuando se decidió, en un golpe de mano, tomar la posición de Picoqueta.

Sin descanso los fusiles, llegó el día de la Asunción de Nuestra Señora, el día en que Erlaitz y Pagogaña se habían de conquistar para España. La operación la dirigía Ortiz de Zárate, por expreso deseo del general Mola. Juntos en la misma línea de fuego se encontraban todos los jefes. Con los dos coroneles—Ortiz de Zárate y Beorlegui—el teniente coronel Los Arcos, el comandante García Valiño, que mandaba las compañías de América y el Tercio de Montejurra...

Reunidos en lo alto de la Cuesta de Embido llegarónse hasta la última línea de fuego cuando éste era más intenso durante el combate. De pronto Ortiz de Zárate se llevó la mano derecha a la mejilla, al tiempo que decía:

—No es nada, no es nada.

El coronel acababa de ser herido. Asido en cada brazo por su gente, por su propio pie lo retiraban camino de la ambulancia. Habría recorrido tal comitiva cien metros escasos, cuando un segundo balazo le atravesó el pulmón, inclinándose desplomado Ortiz de Zárate en brazos de los de su escolta. La evacuación se hizo rápida. Transportado a una camilla sobre la carretera de Erlaitz, se le acercó el coronel Beorlegui.

—No es nada, hombre, no es nada...—le dijo sin perder el movimiento de sus soldados.

El cuerpo yacente sobre el lienzo de la camilla, inclinada la cabeza a un lado, dejaba escapar, por la comisura de los labios, un fino reguero de sangre. Con diligencia se hizo el traslado a Ergoyen, en donde, después de un par de semanas en lucha contra la muerte, fué vencido por ésta.

¡Caballero militar, coronel Ortiz de Zárate! ¡Presente!

¡Qué importa un sacrificio más!

La batalla se notaba más dura que por la mañana. El enemigo había recibido grandes refuerzos y la lucha resultaba encarnizada. Por fin, fué el alférez Senador el primero que entró en Erlaitz. Jadeante todavía, corrió a Pegogaña, a tiempo aún de llegar al primero. En la operación de Erlaitz habían intervenido unos quinientos hombres. García Valiño se acercó al teniente Ibañez, jefe de Senador:

—¿Qué, cómo está su compañía?

—Treinta hombres me quedan.

—¿Se podría tomar esa pequeña posición?

—Muy cansados están... Llevamos treinta y tres horas sin probar bocado...; de todas formas, iremos.

Y fueron. Era un sacrificio más en esta guerra de sacrificio. Las máquinas cruzaron el río, en el término municipal de Vera, siguiendo luego su orilla izquierda por el camino de hierro que une Irún con Elizondo. Esto permitió a los soldados asomar el grueso de las fuerzas a las líneas de combate. Sorprendidos los marxistas de la presencia de los carros bélicos que rebasan Endarlaza, dominados, huyeron.

San Marcial

Transcurrió el tiempo en diversas batallas hasta el día 25 de agosto, en que se consideraron las fuerzas reorganizadas. Situado el Estado Mayor en Erlaitz, se dispuso el ataque. Se inició la operación sobre San Marcial. Dueños los nacionales del castillo de Zubelzu, las comunicaciones de la ciudad frontera con la capital quedaban cortadas. Las contrabaterías enemigas de San Marcos y de Guacalupe actuaban sin reposo. Transcurrieron dos o tres días en pequeñas acciones e intentos de asalto, cuando al alborar el primero de septiembre, el bombardeo dió la señal de comienzo de la segunda fase de la acción. El ruido de las máquinas enemigas resultaba ensordecedor. Una de ellas acertó a hacer una baja... El comandante García Valiño había sido herido de un balazo en el pecho, muy cerca del corazón. Amilanados por tal baja, sobresaltados los atacantes, retrocedieron. Beorlegui aparecía irritado. Fracasado de mañana todavía el primer ataque, no fué posible aquel primero de septiembre tomar la tercera posición roja. Se esperó al siguiente día para el nuevo intento. Continuaron los ataques, mientras el Irún rojo bombardeaba las nuevas posiciones nacionales con tiro indirecto.

Una tras otra fueron cayendo las trincheras enemigas en medio de un griterío ensordecedor.

—¡Viva Cristo Rey! ¡Arriba España!

Puncha quedó para las tropas nacionales. Los tanques barriaron a los fugitivos mientras en el aire las alas de seis pilotos españoles, tomaban parte en el asalto y conquista de San Marcial. Las bajas que tuvo el Ejército Nacional en este asalto, que le hizo dueño definitivo del monte, fueron muy escasas. Beorlegui había conseguido pisar el monte y entrar en su ermita con mil quinientos hombres. Su conquista le costó unas seiscientas bajas, de las cuales, cien o ciento veinticinco de aquellos cruzados pasaron a su guardia en los luceros.

El Alto de San Marcial, en las proximidades de Irún, volvió a colocarse en el primer plano de la actualidad, reverdecido por cuarta vez sus guerreros laureles.

Fué la primera allá por los años de 1522. En la cima del montículo que domina la ciudad fronteriza, y en el pasaje conocido con el nombre de "Aldave", se batieron las fuerzas guipuzcoanas, mandadas por el capitán don Lope de Irigoyen, con tres mil franceses y otros tantos alemanes, que envió contra ellas Francisco I de Francia. La acción se verificó el 30 de junio, festividad de San Marcial, y para conmemorar la victoria de los españoles, el gobernador a la sa-

zón de las tierras guipuzcoanas, don Beltrán de la Cueva, mandó erigir, en el lugar donde se ganó la batalla, una ermita dedicada a aquel Santo. Con este nombre ha sido designado desde entonces el monte Aldave, donde, sin interrupción, y a partir de aquella fecha, viene celebrándose el tradicional "alarde", que, durante los primeros cuarenta años, capitaneó, por distinción especial, el irunés don Lope de Irigoyen.

En la guerra de la Independencia (el 31 de julio de 1813), fué San Marcial, por segunda vez, teatro de reñida contienda. Nuestras tropas, mandadas por el general Freire, derrotaron a 18.000 soldados de Napoleón. Nuevamente se verificó en el mismo sitio otra acción bélica, durante la guerra civil de 1874, que dió la victoria a las fuerzas "liberales", mandadas por el general Laserna, contra las "carlistas", que acudía a don Francisco Alemany.

Y, por último, en la actual Cruzada, también lo tocó al Alto de San Marcial jugar un papel decisivo.

El incendio de Irún

Avanzando por la carretera, se recibió la orden de seguir a Behobia, al siguiente día. Eran las cinco de la mañana del 4 de septiembre. Una patrulla avanzó por la derecha de la carretera, siguiendo por el río a cortar la retirada de los rojos, por el puente Internacional. Al darse cuenta los marxistas abandonaron sus puestos y se internaron en Francia. Tres horas después de iniciado el movimiento, el Ejército de España tomaba posesión de Behobia. En seguida, las fuerzas siguieron adelante. El espectáculo que ofrecía Irún era imponente.

Colgada de un inmenso corchón de humo, que le unía al cielo se inmolvaba la víctima. Irún ardía. Todo el paseo de Colón era pasto de las llamas, y sobre su perímetro se acumulaban densas nubes de humo, que arrastraba el viento. Siguiendo por la calle de Uránzu, en la plaza de Urónibia, se estacionó el Estado Mayor. De aquí partieron distintos grupos que recorrieron la población.

Los Requetés, protegidos por los árboles de la orilla izquierda, repelían el tiro de los rojos fugitivos. Una bala rebotada alcanzó un pie del coronel Beorlegui. Los de su escolta pidieron un coche para llevarle, pero él se resistió. Por fin hubo que trasladarle al primer puesto de socorro.

Entretanto, en el Ayuntamiento se izaba la Bandera Nacional y, a su derecha, la de las Cadenas, de Navarra. Mientras, caía a pedazos la lápida alreñosa que hacía cinco años se había colocado allí.

Fuenterrabía

El 6 de septiembre, el Estado Mayor, dueño absoluto de Irún, marchó sobre Fuenterrabía. Sobre el puente del ferrocarril del Norte, el teniente coronel Los Arcos dirigió los detalles de la ocupación.

(Continuará.)



PARA CONOCIMIENTO DE LOS ESPAÑOLES

ULTIMAMENTE LIBERADOS

LA TOMA DE SAN SEBASTIAN

Fuenterrabía

(Conclusión.)

La artillería sigue batiendo Guadalupe. Las fuerzas nacionales suben lo escarpado del terreno, heroicamente. Por fin se abalanzan, saltando el foso, y de allí, al interior del pueblo. En la plazoleta central, cinco hombres son cogidos con las armas calientes todavía. Los demás han huido. La conquista del fuerte de Guadalupe ha costado siete bajas.

Se retiran los jefes, dispuestos a inspeccionar el fuerte con las precauciones necesarias para evitar cualquier maniobra que pudiesen haber preparado los rojos en el polvorín. En la plazoleta se confiesan los milicianos. Los que tanto se mofaron y blasfemaron de Dios, por la misericordia divina hallan la oportunidad de congraciarse con El.

Todos, menos uno, reciben los auxilios espirituales.

—¿Quieres algo?—le preguntan.

—Diga a mi madre—contesta el de Palencia—que estoy bien...

Pocas horas después una compañía del Ejército asciende por el Jaizquibel al primer castilleto, disparando sus armas sobre los fugitivos rojos.

La Virgen morena del Santuario de Jaizquibel parece proteger la marcha de las tropas liberadoras. Apoyado en un bastón, a causa de la herida recibida en Behobia, que ha de costarle la vida poco tiempo después, va con sus soldados el coronel Beorlegui.

Fuenterrabía queda por España antes que el Ejército nacional entre en su recinto, y esto ha sucedido, no sólo por la cobardía de los que no supieron conservarla ni defenderla, sino por la labor realizada por los "presos de Guadalupe" y otras cinco o seis personas.

El destacamento de Zubelzu baja hacia las Ventas cuando ya se unen sus componentes con los compañeros que han atravesado la ciudad y siguen por la carretera general. En el puente sobre el ferrocarril del Norte y de la frontera habían tenido los rojos un parapeto de sacos terreros. Las fuerzas nacionales lo aprovechan intacto para la avanzadilla.

En las Ventas de Irún, pronto se recibe orden de seguir avanzando. Temeroso el Estado Mayor de encontrarse la carretera general cortada, toman las fuerzas el camino de Oyarzun, desde donde ha de atacarse, además, el fuerte de San Marcos. Continúan por el Jaizquibel el avance, y amenazan fácilmente a Lezo y Pasajes. De Picoqueta y Arcala bajan a Rentería, avanzando por la carretera general el grueso de las fuerzas.

San Sebastián

La gran ofensiva contra San Sebastián dió comienzo bajo una lluvia incessante. El plan de ataque, proyectado personalmente por el general Mola, caminaba hacia el final de su realización. El 9 de septiembre, por la noche, el general Queipo de Llano, desde Sevilla, en su acostumbrada charla radiada, decía: "Frente a San Sebastián, nuestras tropas, con la espada en alto, esperan con espíritu altruista la posibilidad de librar de la destrucción a la ciudad. El gobernador

de la plaza entabló gestiones, pero propuso que se le dejase marchar a Francia para, desde allí, pactar la rendición, a lo cual se le repuso que sólo se admitía la entrega sin condiciones, o de lo contrario, el bombardeo comenzaría en plazo muy breve. Los nacionalistas vascos, partidarios de rendirse, luchan con los anarquistas, y éstos, en vista de que son más los que se oponen a prolongar la resistencia, incendian, matan y saquean, que es lo que hacen siempre, antes de escapar. Así procedieron en Pasajes, cuyo puerto arde todavía, como resultado de tal venancia".

En vista de que el tiempo transcurría infructuosamente, el general Mola dió el orden de avanzar, después de haber sido evacuadas las colonias extranjeras. La artillería bate los objetivos señalados por la aviación, comenzando por el monte Iguelo, donde los rojos tienen una batería y una radio. Pronto se lucha ya en las calles de Ategorrieta y barrios extremos de la ciudad. La caída del fuerte de Santa Bárbara provoca el desfallecimiento total de los rojos. El gobernador civil reúne a los miembros del Comité en su despacho y les propone la inmediata salida de la capital. En efecto, el Frente Popular abandona San Sebastián, en medio del mayor sigilo. El gobernador marcha con grupos de marxistas a Zumaya, llevándose la emisora portátil de radio, de onda extracorta, que se instala en dicho pueblo.

Al amanecer del domingo, 13, las tropas de Mola llegaron a las puertas de la capital donostiarra. Los soldados de la Bandera Legionaria Galleza, de Balange, que manda el comandante Berja de Quiroga, son los primeros que la atacan. Estas fuerzas han tomado Santa Bárbara y Santiago Mendí, y abren ahora el acceso a San Sebastián a los bravos Requetés—de heroísmo sin par—y al resto del Ejército Nacional.

En la mañana del domingo San Sebastián capitula sin condiciones. Se iza a mediodía en el Ayuntamiento la bandera roja y gualda, mientras son apresados algunos marxistas que defienden todavía el centro de San Sebastián. Otros, al huir, han incendiado varias casas.

A las cuatro y media de la tarde, las banderas victoriosas entran oficialmente en la capital. El coronel Beorlegui, jefe de los voluntarios navarros, va en un auto de turismo con la pierna vendada por la herida que sufre. Siguen al suyo otros muchos coches. El vecindario recibe con ovaciones estruendosas al coronel navarro, dando vivas a España y al Ejército salvador. Los balcones lucen toda clase de colgaduras, y el tránsito de la comitiva oficial hasta el Ayuntamiento es muy lento, a causa de la aglomeración de público que rodea el coche del coronel, ovacionándole con emoción. La gente llora de entusiasmo y de alegría y abraza a los soldados que encuentran al paso.

Entre los edificios que oscentan en sus fachadas graves desperfectos figura el de Correos y Telégrafos.

Cuando muy pocos días después, el general Mola entra en San Sebastián y le acompañan las autoridades y los jefes militares de la plaza, sube también a su despacho una chiquilla de pocos años, hija del capitán Calvo, asesinado por los marxistas, y le entrega un ramo de flores rojas y amarillas. El bravo militar toma a la huérfana en sus brazos, la besa y grita: "¡Viva Es-

paña!" Todos los presentes contestan con entusiasmo y emoción. Con lágrimas en los ojos, el general acompaña a la hija del capitán Calvo hasta la escalera.

Por Dios y por la Patria

El 15 de septiembre *Diario Vasco*, de San Sebastián, publicó el siguiente sentido-simo suelto:

"No podremos apartar en mucho tiempo de nuestra mente ni de nuestro corazón la atroz visión de tantos queridísimos amigos, de tantos españoles excelso caídos alevemente bajo el plomo asesino en estas jornadas horribles que enlutan a millares de familias honradas, sumidas en el más hondo dolor.

Pasamos por el trance de no poder dedicar a tanto hombre ilustre, a tanto patriota benemérito el elogio encendido, el cumplido comentario biográfico que su vida y sus dotes merecen.

Personas que, de haber fallecido en otras circunstancias menos trágicas, hubieran encontrado en las páginas de nuestros periódicos el tributo digno de sus prestigios, apenas si ahora es posible lamentar su pérdida en breves y mal pergeñadas líneas.

Por eso habrá que enaltecerlos con un simple trozo que por, referirse al momento supremo de la muerte, revelan el temple magnífico de esas almas acogidas ya por el Altísimo y aureoladas por el nimbo de los mártires.

Casi todos los bizarros jefes y oficiales de nuestra guarnición piden vestir las guerreras para recibir en sus pechos, que ostentarán cruces otorgadas al valor, las balas del pelotón de ejecución.

Muchos de ellos, como el general Muslera y el teniente coronel Baselga, dan un viva a España y al Movimiento nacional salvador de la Patria.

La muerte sublime de don Víctor Pradera besando un crucifijo, perdonando a sus verdugos y pidiendo que no se derrame más sangre, es algo que tiene toda la grandeza de los gestos heroicos que quedan eternamente plasmados en las páginas de la Historia y abren las puertas de la inmortalidad y de la santidad.

Don Honorio Maura, el genial comediógrafo, es llevado al suplicio a culatazos entre injurias y golpes. Su magnífico temperamento vibra en estas palabras hermosas: "¡Viva España! ¡Viva el Rey! ¡Ahora tirad, canallas!"

Y cae destrozado por las descargas.

Don Joaquín Beunza confiesa gallardamente sus convicciones, exclamando: "Muerdo católico y español. ¡Viva España! ¡Viva Cristo Rey!"

Otro tanto puede decirse de los tres hermanos Iturrino.

Y tantísimos otros cuyas nobles palabras rompieron el silencio de una noche lóbrega y fueron apagadas por la detonación homicida.

Todos tienen en el postrer momento una actitud magnífica de gallardía patriótica y de resignación cristiana, que está pidiendo el mármol o el bronce.

Recuerdan el último ademán del gran conquistador español don Francisco Pizarro que, herido de muerte en Lima en un duelo con el hijo de su rival Almagro, cayó al suelo, mojó los dedos en la herida, trazó en la tierra con su sangre el signo de la cruz, lo besó y expiró."